

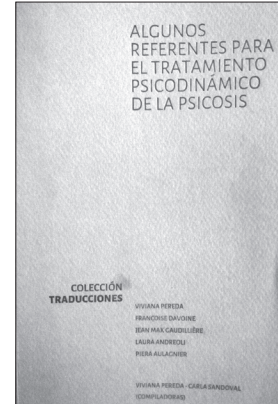
ALGUNOS REFERENTES PARA EL TRATAMIENTO PSICODINÁMICO DE LAS PSICOSIS

Autores: Viviana Pereda, François Davoine, Jean Max Gaudillière, Laura Andreoli, Piera Aulagnier

Editorial: CORDES, 2017, 85 págs.

Compiladoras: Viviana Pereda, Carla Sandoval

(Rev GPU 2017; 13; 3: 224-226)



Juan Pablo Vildoso¹

Comenzaré con algunas ideas sobre el título del libro, que leo como una revalorización del cuestionado término *psicodinámico*, hermano pobre del análisis clásico, vinculado al psicoanálisis en las trincheras. ¿Por qué no psicoanalítico? Fue la primera de una serie de preguntas a las que los textos me condujeron. Pude vislumbrar la respuesta a partir de las recientes conferencias de François Davoine², quien según pude entender, lejos de pensar la locura como una estructura rígida, y de advertir los riesgos que esta posición implica al momento de iniciar y avanzar en un proceso psicoterapéutico, la aborda como una dinámica o estado, del que podemos entrar y salir pero en el que, por razones en principio desconocidas, algunos sujetos han quedado congelados. Con esta propuesta Davoine sigue el señalamiento que Freud hizo en su análisis de la Gradiva de Jensen: "...la frontera entre los estados anímicos llamados normales y los patológicos es en parte convencional, y en lo que resta es tan fluida que probablemente uno de nosotros la atraviese varias veces en el curso de un mismo día" (Freud 1907 [1906]). Lo valioso de este enfoque, radica en que permite ubicar a la psicopatología en su justo lugar, dando máximo énfasis no a la objetivación

diagnóstica sino a la posibilidad de cambio y tránsito, posibilidad sin la cual ningún abordaje psicoterapéutico de las psicosis sería posible. De este modo, la psicodinámica alude a entradas y salidas, movimientos y transiciones que posibilitan una salida de la locura. Creo que esta idea recorre de manera manifiesta o latente el conjunto de las traducciones.

El libro comienza con el texto *Devenir comunidad* de Viviana Pereda, quien mediante un recorrido histórico señala los rasgos distintivos de la propuesta de trabajo a la que aluden las palabras "Comunidad terapéutica"; acompañamiento cercano y de largo aliento, respeto, trabajo democrático y ambulatorio, prestando atención a cómo los determinantes sociales interactúan y modelan las realidades singulares de cada integrante de la comunidad. En este sentido, pienso que el texto fija una posición política clara, que muchos compartimos; se trata de una crítica a la implantación del modelo neoliberal y la ética de mercado en el sistema público de salud.

A continuación, el prefacio de François Davoine es una potente condensación de sus principales propuestas acerca del trauma y la locura; "*La locura y los*

¹ Psiquiatra-Psicoterapeuta de orientación psicoanalítica. Prof. U. Alberto Hurtado. Instituto Psiquiátrico "José Horwitz"

² Transferencias/interferencias y Literatura, Historia Psicoanálisis. Dictadas en mayo de 2017 en la Universidad de Chile.

traumatismos provienen del mismo campo de investigación, conducidos por la memoria traumática, en búsqueda de testigos para eventos sin testigos. Este campo no puede ser abordado con las herramientas del psicoanálisis clásico” (p. 17). En este espacio de tiempo congelado, en el que la amenaza de desintegración es permanente, la transferencia se convierte en una interferencia, objetivable en coincidencias y en la actividad onírica del analista que, ante todo, es un terapeuta, un *therapon*, acompañante de Aquiles y Quijotes, que son nuestros pacientes.

El siguiente artículo conjunto de Davoine y Gaudillière abre la serie que conforma el cuerpo del libro, nos brinda una cartografía de referentes en su mayoría francófonos para el abordaje de las psicosis, que puede ser utilizada como hoja de ruta para el interesado en este campo, figuran ahí; Marguerite Séchehay y Francois Dolto quienes dan las primeras luces sobre la complejidad de un estado psicótico y la emergencia de la transferencia; *“lo que aparece ante nosotros como un proceso disgregativo puede, bajo ciertas condiciones, llegar a ser un proceso reconstructivo”* (p.23), dice Séchehay, en tanto Dolto y posteriormente Frieda Fromm-Reichmann agregan que inclusive en la catatonia: cuando el paciente no puede expresar sus afectos, el terapeuta debe estar ahí, sintiendo en su lugar, ya que en ese instante todo es transferencia. Los autores no omiten a su primer maestro Jaques Lacan, de quien toman sobre todo el concepto de real, en tanto aquello que carece de representación. Sin embargo, la ruptura está consumada, no tanto con el maestro, sino más bien con el lacanismo de ultranza estructuralista, que cierra las puertas a la reflexión: *“Considerar, por ejemplo, la forclusión del nombre del Padre, como un rasgo semiótico, en orden a establecer un diagnóstico de psicosis, es simplemente un absurdo”* (p. 27). Más cercanos a su práctica clínica aparecen Gisela Pankow y la noción de injerto de transferencia, y Piera Aulagnier con su distinción entre significativo y pictograma³.

En este momento el lector se ve tentado a seguir las referencias aquí señaladas y alejarse del libro para profundizar en uno u otro autor, y es precisamente de esto de lo que se encarga la segunda parte del libro. Así, *El prefacio a La Mort dans L’Ame* de Gaetano Benedetti escrito por Jean Max Gaudillière opera como bi-

sagra hacia los dos últimos ensayos, de alta densidad teórica, a cargo de Laura Andreoli y Piera Aulagnier. Pero la bisagra reafirma una filiación a la vez que introduce a Benedetti, en lo que puede ser leído como una referencia cruzada a otro de los libros de la Colección Traducciones, en donde figura un artículo de este para mí desconocido siciliano, que enuncia un acto, en apariencia simple, en el que se ancla la base de todo tratamiento psicoterapéutico: el paso de la objetivación psicopatológica al encuentro transferencial, es decir, de la Psicopatología y Psicodinámica, a la Psicodinámica y la Psicoterapia. Es la transferencia el resorte facilitador para que comience a desplegarse una protoescritura significativa, génesis de lenguaje e intercomunicación, en la que el *therapon* que es aquí el Otro debe dejar de lado su nunca tan ilusoria neutralidad para participar con su historia y levantar acta de acaso la más humana de las experiencias, la locura.

¿Pero sobre qué teoría nos apoyamos?, ¿qué veta usamos en esta clínica de lo extremo? El trabajo en este campo requiere más que valentía y presencia, al menos si queremos transmitir algo de lo que podemos captar de esa experiencia y de este modo darle una cierta estabilidad a nuestra práctica. Es lo que a mi juicio vienen a aportar los textos finales; el necesario trabajo conceptual fruto de la práctica y de la reflexión *a posteriori* sobre esta. A partir de este punto la lectura se torna trabajosa, y hay que releer una y otra vez condensados párrafos de carácter metapsicológico. En hora buena por este precio de trabajo de pensamiento, sin el cual nuestra clínica se vería reducida a un mero ejercicio técnico. Andreoli vuelve sobre Benedetti para trabajar el paso de la Identidad negativa a la Positivación. La identidad negativa, como núcleo de la experiencia psicótica, no designa la dificultad para representar, sino la imposición del vacío radical, la ausencia del símbolo del sí mismo. Sí mismo que sin estar representado, comunica paradójicamente a través de lo único que tiene, el mundo alucinatorio y delirante (pero también los sueños), en el que debe sumergirse el terapeuta para mediatizar la extracción de tan anhelado símbolo. Tal como Zoe ingresa en el delirio de Hanold, el terapeuta como sujeto vicario, debe ingresar en la red de la experiencia psicótica en un acto profundamente intersubjetivo que permitirá, mediante un trabajo efectuado sobre todo en y con imágenes, y que se realiza en el espacio que Benedetti denomina transitivismo intersubjetivo, la Positivación, que es progresión y advenimiento de una subjetividad: *“en el modo diádico de lo inconsciente funciona una reserva humana crucial, a la que se le confía el potencial transformativo de la no-existencia psicótica, en el inseparable binomio*

³ Aulagnier (2001) propone que la actividad psíquica (de representación) está constituida por tres modos de funcionamiento (procesos de metabolización); proceso originario, creador de pictogramas, proceso primario creador de fantasías y proceso secundario creador de ideas.

metus/spes (miedo esperanza) que en la psicosis se ha dividido trágicamente” (p. 58).

El libro cierra con el texto más difícil; *El derecho al secreto: Condiciones para poder pensar* de Piera Aulagnier, quien a partir de Orwell, y de la frase “*pensar secretamente en una nube rosa*”, al tiempo que advierte sobre la violencia de la interpretación generalizada y sin discernimiento, reivindica la capacidad de poder pensar en secreto: derecho de nacimiento del neurótico, pérdida fundamental en la psicosis, que a su vez nos enrostra la fragilidad de nuestra enarbolada razón y la dura tarea que significó para el Yo [Je] la conquista de ese derecho: “*es imperativo que el pensamiento secreto haya sido una actividad autorizada y fuente de placer para que esta se implante sobre la experiencia de fantasmaticización diurna y no a la inversa*” (p. 67). Este ensayo remite naturalmente a *La violencia de la interpretación*, pero de forma adicional me transportó a algunas ideas que quedaron grabadas de la lectura de un artículo de André Green sobre el silencio del analista: “*Bion me dijo que un paciente que no podía engañar a su analista (to make a fool of his analyst) debía estar muy enfermo... [...] según Winnicott, el self verdadero es silencioso, y nunca se comunica con el analista*” (Green 2001, p. 132-133), y también reverbera la lectura que Rodulfo hace del texto *El comunicarse y el no comunicarse...* del mismo Winnicott, quien plantea que el no comunicarse es un índice de subjetivación, y más que un derecho humano, un logro del análisis (Rodulfo 2009).

Volviendo a Aulagnier, la francesa señala que el éxito de la experiencia analítica se sostiene en que el par analítico encuentre placer en la creación de pensamientos y desde esta premisa aborda la siguiente paradoja; de una lado tenemos la regla fundamental, decirlo todo, y de otro la necesidad de poder pensar secretamente ¿cómo conciliar ambas proposiciones?; la solución está en la mentira, descubrimiento tan importante como los de la diferencia sexual y la muerte, que se sigue de la duda, cicatriz frente al lenguaje, del que, sin embargo, en el periodo de máxima dependencia, el niño toma el poder de crear pensamientos y, lo que es más, resguardarlos en su interior, ocultarlos del Otro, pero como ya anunciaba: “*El derecho a guardar pensamientos secretos debe ser una conquista del Yo [Je], resultado de una victoria obtenida en una lucha que opone al deseo de autonomía del niño la inevitable contradicción del deseo materno hacia él*” (p. 75). Así, en un segundo tiempo, a la dureza de la exigencia cultural el

Yo opondrá el placer de pensar en secreto. Este placer de pensamiento coexistirá junto al placer erógeno y al narcisista, y debe preservarse en la situación analítica si quieren evitarse los estragos de una colonización.

En efecto, el proceso analítico solo es posible si ambos miembros del par aceptan el riesgo de descubrir pensamientos que pongan en jaque sus conocimientos asegurados. Esto me hace pensar, para encaminar el cierre de este comentario, en las palabras que un psicoterapeuta me entregó: “*ojalá pudiésemos tener una metapsicología para cada paciente*” (E. Bouey, comunicación personal). Como puede percibirse, el texto remarca una y otra vez aspectos teóricos que cuestionan la técnica introduciendo la dimensión ética de la experiencia, que exceden el marco de trabajo de la psicosis, pero son especialmente críticos en esta, en la que durante toda una primera fase del análisis de lo que se tratará es de investir la experiencia de placer del pensar secretamente, reconociendo que estos pensamientos son un derecho no interpretable, sino escuchable. Y su contrapartida, el silencio, no es una resistencia, sino una tregua conquistada al mandato de decirlo todo.

En conclusión, las compiladoras y traductoras han realizado una minuciosa labor que nos entrega, a todos los interesados en la clínica de las psicosis, valiosas herramientas técnicas y teóricas, textos para recorrer y desgranar, que a su vez configuran los trazados de una ética del trabajo en y con la locura, pero que bien valdría la pena pensar y discutir como ética de la experiencia analítica, lo que lleva a citar a Benedetti: “*En la psicoterapia no son las interpretaciones, sino más bien la insistencia del terapeuta en permanecer al lado de los aspectos frágiles del paciente sin querer, sin embargo, volverse parte de él, lo que puede cambiar la situación*” (p. 47).

REFERENCIAS

1. Aulagnier P. (2001) La actividad de representación, sus objetos y su meta. En: *La violencia de la interpretación*. Ed. Amorrortu, Bs. Aires
2. Freud S. (1907 [1906]) El delirio en los sueños en la “*Gradiva*” de W. Jensen, Tomo IX. En: *Obras completas de Sigmund Freud*. Ed. Amorrortu, Bs. Aires
3. Green A. (2001) El silencio del analista. En: *La nueva Clínica Psicoanalítica y la teoría de Freud. Aspectos fundamentales de la locura privada*. Ed. Amorrortu, Bs. Aires
4. Rodulfo (2009) No comunicarse. En: *Trabajos de la lectura, lecturas de la violencia. Lo creativo-lo destructivo en el pensamiento de Winnicott*. Paidós, Bs. Aires